

## Capítulo 2

### ¿Somos libres?

**P**ero ¿a qué viene todo este alud de restricciones? ¿Acaso no somos realmente libres? ¿Por qué entonces se tiene casi siempre una sensación genuina de libertad y de responsabilidad? ¿No tenemos responsabilidad alguna sobre nuestros actos, dado que estamos determinados por causas físico-químicas e influenciados por factores socioculturales? ¿Esta inagotable e inobjetable serie de determinismos evita que podamos ser determinadores y autodeterminadores, sin chance alguno de alcanzar la realización personal y de transformar al mundo? A primera vista el panorama parece desalentador: pareciera que la libertad no es más que una fatal ilusión, que no somos más que sujetos autómatas inmersos en un mar de impedimentos que ahogan nuestra voluntad. Sin embargo, si se examina más de cerca el problema, se puede inferir que los determinismos no son tan malos ni definitivos como parecen.

De modo que, habiendo adelantado un buen trecho sobre lo que *no depende de nosotros*, es preciso discurrir ahora sobre aquellas cosas que tal vez pueden depender de nosotros y esperar con ello encontrar un camino seguro a los dominios del uno mismo, es decir, a las anheladas cumbres de la autonomía. Para este ascenso se ha considerado muy a punto abrirse paso desde lo más elemental, desde la base de la vida, la célula, con la convicción de encontrar en este mar de necesidades y predeterminantes físico-químicos las raíces

biológicas de la autodeterminación, rumbo al encuentro con la naturaleza multidimensional de la libertad.

Con este propósito, es pertinente comprender la célula de un modo conceptual revolucionario. No simplemente como suele rezarse en muchas escuelas y universidades: “la unidad fundamental de todo ser vivo”, sino desde la *autopoiesis*, o sea, como una prodigiosa unidad viva con capacidades para *autoorganizarse*, *autocrear*, *autodefinirse* y *autogobernarse*. En efecto, se ha encontrado que la célula es “un sistema físico capaz de transformar la materia/energía externa en un proceso interno de automantenimiento y autogeneración” (Varela, 2002, pp.26-27). Una red de procesos de producción que no está comandada por espíritu, homúnculo, enzima, ácido nucleico o controlador central alguno, puesto que la vida en su expresión mínima no es resultado de determinados componentes materiales o de la enumeración de propiedades (ADN, ARN, ribosomas y demás son solo implementaciones), sino de una organización sistémica emergente con el poder de autorregularse y autorregenerarse desde adentro, de generar continuamente las estructuras, patrones y comportamientos que la especifican; en la que cada elemento es a la vez producto y productor... Y eso solo lo consigue una entidad con identidad y autonomía.

Pero, desde luego, esta vorágine de síntesis y destrucciones moleculares vivificantes no sería posible —aunque parezca una verdad de Perogrullo— si la célula no tuviera entorno. Es precisamente a partir de su membrana semipermeable que brotó de forma paulatina y rudimentaria la conciencia de sí misma, cuando —elucubró Sagan (1993, pp.102-103)— la célula empezó a diferenciar entre “yo” y

“tú”, a reconocer que el “tú” era más sacrificable que el “yo”. Un acontecimiento delimitante portentoso que se gestó en los mares primitivos hace cerca de 3500 millones de años (*respuestas* primarias y espontáneas, precursoras del valor de la *responsabilidad*, del deber, de la preocupación, del cuidado por sí mismo y por el otro).

De aquí la intrigante paradoja propia de una identidad autónoma: el sistema vivo debe diferenciarse de su medio ambiente y al mismo tiempo debe mantener su vinculación con él; ese vínculo no puede deshacerse ya que el organismo emerge desde el medio ambiente pero a la vez se debe al mismo. (Varela, 2002, p.59)

En otras palabras, el ambiente y el organismo se codeterminan activamente, lo local y lo global se entrecruzan, el todo no puede concebirse sin las partes ni estas sin aquel; la codependencia forma parte de la vida, la reciprocidad ha hecho posible los fenómenos de la vida, de la conciencia y de los significados. Juntas, reciprocidad y codependencia son condiciones *sine qua non* para la libertad: el caldo de cultivo de la autonomía. Así como se lee, la libertad es fundamentalmente biológica, no metafísica... La libertad nos corre por las venas.

Estos principios vitales de codeterminación, autoorganización y demás, sobre los que se ha gestado la autonomía celular, pueden ser equiparables al resto de los sistemas (biológicos, sociales, antropológicos, psicológicos, etc.). Verbigracia: el genoma da forma al organismo que interactúa con el medio y este, a su vez, induce a aquel a adaptarse a sus condiciones y necesidades; la estructura

anatómica permite infinidad de movimientos y estos posibilitan la evolución de dichas estructuras; el ser humano construye la sociedad que lo ha constituido, construyéndose de este modo ambos por sí mismos; el cerebro hace posible la cultura mediante la conciencia y aquella a su vez afecta la estructura cerebral y sus pensamientos; los individuos son resultado de la especie humana, especie que no habría sido posible sin la reproducción de aquellos; la subjetividad se entreteje en doble vía con la intersubjetividad; la libertad individual es un producto social que logra que los mecanismos colectivos sean mejores y más eficaces; las demás dinámicas organizacionales (órganos, empresas, naciones, etc.) se relacionan en doble sentido, no las prefija ningún “director de orquesta” y de ellas afloran nuevas cualidades que no existían en sus partes. Estos conjuntos, en los que el todo resulta ser más que la suma de sus partes, tienen la potestad de determinar la dirección de sus acciones según las perturbaciones dadas en su entorno, haciendo posible que de la ineludible dependencia ambiental surja la independencia interior: la autogobernabilidad como condición necesaria para que se dé la responsabilidad. Cualidades de interdependencia y autorregulación que auspician muchos procesos biológicos, porque

el más mínimo de nuestros pensamientos es inseparable de síntesis y transformaciones moleculares, ellas mismas inseparables de la acción de los genes presentes en las neuronas. Y es en estas múltiples dependencias como emerge la autonomía mental del ser humano, capaz de efectuar elecciones y elaborar estrategias [...]. (Morin, 2000, p.3)

La libertad, como la vida, es entonces algo real y concreto.

Ahora bien, desde un determinismo radical, resulta válido afirmar que la existencia de la libertad no solo es posible gracias al fenómeno de emergencia, sino que, como se ha visto, este último también depende de ciertas condiciones limitantes para que se produzca.

No obstante, una vez ha emergido [la libertad] como inventividad, posibilidad de elección, toma de decisiones, puede retroactuar sobre sus condiciones de emergencia, y, justamente porque la libertad es siempre estratégica (y no acto gratuito), puede invertir, desviar, captar, transformar para sí misma lo que la produce y determina, puede controlar y modificar los constreñimientos que sufre. La libertad es libre, pues, aunque determinada por procesos no libres. (Morin, 2002, p.273)

35

Súmese a las anteriores propiedades libertadoras el insoslayable fenómeno del azar, característica intrínseca del universo y de la vida que brinda mayores posibilidades de elección; fuente de innovación, creatividad y adaptabilidad. Es justo en la imprevisibilidad y en la ocasionalidad que aparecen las condiciones para que la libertad y la responsabilidad emerjan de forma espontánea o premeditada: las partículas subatómicas operan en la incertidumbre; las variaciones de las mutaciones genéticas se desarrollan en la accidentalidad; el comportamiento humano es muy impredecible, la realidad histórica tiende a ser inconstante e imprevisible... Esto hace que la peculiaridad aleatoria de la realidad se convierta en el sustrato esencial para poder elegir y tomar decisiones. La autonomía, por tanto, no solo

se autoconstruye sobre regularidades y causalidades, también florece de las eventualidades y las contingencias. Luego, la libertad es un don que germina de una sinergia de factores biológicos, químicos, físicos y culturales que se desarrolla en un flujo simbiótico ininterrumpido entre determinismos e indeterminismos, órdenes y desórdenes, exterioridades e interioridades, continuidades y discontinuidades.

En definitiva, la libertad existe gracias a su imperfectibilidad e incompletitud, a esa increíble relación dialéctica con los antagonismos, al mismo desconocimiento —piénsese que de saberlo todo no tendríamos elección posible— y a la necesidad, porque bien se ha dicho que “el reino de la libertad solo puede crecer sobre la base del reino de la necesidad” (Marx, 1977). No obstante, la subjetividad (la manera en que el sujeto interpreta la realidad) puede relativizar la necesidad y de paso a su escurridiza circunvecina, la felicidad. De modo que para lo que algunos es irremplazable para otros puede ser baladí: mientras que para un ejecutivo el teléfono celular es indispensable, para un bosquimano puede ser un completo estorbo; a un multimillonario moribundo le puede causar mucha alegría encontrar un donante de corazón, y a un científico, resolver un problema matemático... Se trata de un relativismo que, estando en conformidad con el contrato social democrático y el derecho internacional, no calificaría en actos acráticos, pues es sabido que una interpretación de la felicidad fuera de contexto (al margen de los derechos humanos) puede socavar la libertad. Por ello, los consensos normativos se ocupan de objetivizar lo subjetivo y de regular los deseos desaprensivos.

Por eso mismo no se debe dar un carácter absoluto a la libertad. Pongamos por caso el hecho de que para muchos personajes (como Sócrates, Boudica, Anacaona, Micaela Bastidas, Tomasa Condemayta, William Wallace, George Washington, Policarpa Salavarrieta, Juana de Arco, Simón Bolívar, Miguel Hidalgo, San Martín, Manuel de Céspedes, Juana Azurduy, Francisco de Miranda, O'Higgins, Gandhi, Martin Luther King, Shirin Ebadi, Mandela, Somaly Mam...), valores como el honor, la verdad y el patriotismo han sido más importantes que su propia libertad, aun por encima de su propia integridad física; esto se debe a que el significado de la vida difiere de una persona a otra. De tal modo, la libertad es un recurso que puede terminar siendo administrado de las formas más insospechadas, o bien, puede ser apreciada en alta estima como lo recuerda el siguiente caso (tras la abolición de la esclavitud en Estados Unidos):

37

Cuando los esclavos fueron liberados, muchos de los dueños de plantaciones intentaron reconstruir sus cuadrillas a cambio de [elevados] salarios. Pero esos intentos fracasaron en general, a pesar de que los salarios ofrecidos a los hombres liberados eran más de un 100% superiores a las rentas que recibían cuando eran esclavos. Ni siquiera esta prima permitió a los dueños de las plantaciones conseguir que se mantuviera el sistema de cuadrillas una vez que se vieron privados del derecho a utilizar la fuerza. (Sen, 2010, p.47).

La libertad también puede ser desestimada de plano, como lo ejemplifica otro capítulo notable de la historia humana:

Sucedió durante la Revolución francesa en la fortaleza de la Bastilla. Era la prisión más famosa, reservada solo para los que estaban condenados a vivir en prisión durante toda su vida. De manera que uno entraba en la Bastilla vivo, pero nunca salía vivo; solo salían los cadáveres. Y cuando les ponían las esposas, las cadenas, los encerraban y tiraban las llaves a un pozo que había dentro de la Bastilla [...]. Los revolucionarios franceses pensaron, por supuesto, que lo primero que había que hacer era liberar a la gente de la Bastilla [...]. Los revolucionarios abrieron las puertas, sacaron a la fuerza a la gente de sus oscuras celdas. Y se quedaron sorprendidos. Esas personas no estaban dispuestas a salir de sus celdas [...]. Y los revolucionarios querían liberar a los prisioneros. Rompieron sus cadenas, sus esposas... porque no había llaves. Pero los prisioneros se resistían. No querían salir de la prisión. Decían: “No entendéis nuestro estado. Un hombre que ha pasado sesenta años en esta posición, ¿qué va a hacer fuera? ¿Quién le proporcionará comida? Aquí le dan comida, y puede descansar en su tranquila celda oscura. Sabe que está casi muerto. Fuera, no será capaz de encontrar a su mujer, o de saber qué le ha sucedido; sus padres estarán muertos, sus amigos habrán muerto o puede que se hayan olvidado completamente de él. Y nadie le dará trabajo. A un hombre que ha estado sin trabajar sesenta años, a un hombre de la Bastilla, donde se tenía a los criminales más peligrosos, ¿quién le va a ofrecer un empleo? Tan solo el nombre de la Bastilla será suficiente para que le denieguen cualquier trabajo. ¿Por qué nos obligáis? ¿Dónde dormiremos? No tenemos casa. Casi olvidamos dónde solíamos vivir; ahora deben vivir allí otras personas. Nuestras casas, nuestras familias, nuestros amigos, todo nuestro mundo ha cambiado tanto en sesenta años; no seremos capaces de salir adelante. No nos torturéis más. Ya nos han torturado suficiente.



Lo que decían era razonable. Pero los revolucionarios eran personas testarudas; no querían escuchar. Les obligaron a salir de la Bastilla, pero esa misma noche ya habían vuelto casi todos. Decían: “Dadnos comida, porque tenemos hambre”. Unos pocos regresaron en mitad de la noche, diciendo: “Devolvednos nuestras cadenas, porque no podemos dormir sin ellas. Hemos dormido cincuenta, sesenta años con esposas, con cadenas en las piernas, en la oscuridad. Se han vuelto parte de nuestros cuerpos, no podemos dormir sin ellas. Devolvednos nuestras cadenas; y queremos nuestras celdas. Éramos totalmente felices. No nos impongáis a la fuerza vuestra revolución. Somos gente sin recursos. Haced vuestra revolución en otra parte”. (Osho, 2006, pp.116-118)

Es así —retomando las propiedades liberadoras mencionadas antes: relativismo, incompletitud, azar, imperfectibilidad, subjetividad, necesidad, incertidumbre, etc.— como surgen las libérrimas posibilidades de decidir de otro modo, de cambiar la elección o de preferir no hacer nada. Son estas singularidades las que me otorgan el poder de hacer muchas cosas dentro de los cercos legales, socioculturales y naturales para ponerlos a mi favor. ¡Pero qué más libertad que la ofrecida por la creatividad y el intelecto, por las capacidades neuroplásticas para autocomputarme, para poder meditar sobre lo que pienso, para reaccionar ante mis reacciones, para ser consciente de mis orígenes, automatismos y requerimientos, para juzgar mis actos y sus consecuencias, para reinventarme *ad libitum* en armonía con los demás seres vivos!

